

# Prólogo

–Por favor no me mates, mi hijo solo me tiene a mí, por favor... –El hombre que pide clemencia por su vida está arrodillado en un oscuro callejón. Tiene la ropa sucia y desgarrada, mientras que dos hombres le apuntan con sendas pistolas, pero a quien le pide clemencia es a un tercero, que lo mira con cara de asco, a lo que el hombre responde girando la cabeza, pero no lo hace porque tenga miedo o algo de lo que arrepentirse, lo hace buscando algo que se esconde detrás de alguna columna o pared de aquel callejón.

Su hijo de apenas ocho años está agachado detrás de una columna mirando todo lo que está pasando sin entender nada. Su edad no le permite comprender que a su padre lo tengan arrodillado con las manos atadas a la espalda y que le estén apuntando con una pistola en la cabeza.

– ¿Ahora pides por tu vida? ¿Después que quisiste engañarme? ¿Cuándo vas a entender que a Osman Murak, nadie puede engañarlo? ¿Qué no ha nacido quien lo haga? ¿Y si lo logran no viven para contarlo? –Pregunta el tercer hombre que está de pie, vestido con un impoluto traje de tres piezas, las manos metidas en los bolsillos de su gabardina negra. No tiene que protegerse de nada, su traje no se manchará, como tampoco su reputación, tiene matones suficientes que hacen el trabajo sucio, él nunca ha estado en este lugar, nunca se ha manchado las manos de sangre, nunca nadie lo reconocerá.

–Te juro que no, nunca te he engañado, te he dicho por qué me desvié de la ruta, ella me llamó para..., no era mi intención verla de nuevo..., lo juro.

– ¿Crees que te voy a creer? A los perdedores como tú, no se le puede creer nada, ni confiar en ellos, ahora quiero que firme este documento antes de que viajes al otro mundo.

–Dijo Osman acercando un pliego de folios y un boli.

–No puedo firmar eso, si lo hago dejo a mi hijo en la calle. –Gritó el hombre desde el frío suelo del callejón

–Si no lo haces, busco a tu hijo y también lo hago desaparecer, ya he tenido suficiente de ti. –Al hombre no le quedó más remedio que firmar el documento sin siquiera leer lo que dice, no tiene sentido hacerlo, su vida no vale nada, pero la de su hijo sí y hará lo que sea para mantenerlo a salvo.

–Juro que no te miento, juro que no he hecho nada de lo que pueda arrepentirme, piedad por favor.... Ella y yo solo somos...

– ¡Mentira! ¡Matarlo! – Ordenó el hombre, girándose para salir del callejón. Antes de perderse en el silencio que trae la noche decide voltear la cabeza y mirar al hombre por última vez a la vez que de su boca sale un escupitajo.

– Yo soy Osman Murak, dueño de un imperio, dueño del mundo, nadie respira sin que yo lo ordene y en este momento he decidido que tú dejes de hacerlo. –Dice la última palabra a nadie en particular, porque mientras camina para alejarse de ese tétrico callejón, escucha el bum de la bala y una sonrisa retorcida se dibuja en su cara.

El niño que está detrás de una columna mirando sin ser visto escucha la orden y las últimas palabras del asesino de su padre. Cierra los ojos, piensa que haciéndolo nada se materializará, que todo será mentira y dentro de un rato despertará junto a su padre en la seguridad de su hogar, donde nadie puede hacerle daño. Cuando abre los ojos alcanza a ver como aquellos dos hombres se marchan dejando a su padre ensangrentado tirado en el suelo con un tiro en la cabeza. Quiere moverse, quiere acercarse y despertarlo, le quiere decir que tiene miedo, que se vayan a casa, pero las piernas no le responden.

No sabe cuánto tiempo ha pasado, desde que pudo llegar hasta el cuerpo inerte de su padre, se quedó con la vista clavada en un cuerpo sin vida, sin respiración, no recuerda cómo, o cuando pudo sentarse a su lado, tiene una de sus manos agarrada pero no puede hablar.

No puede decirle que se levante, que se tienen que ir a casa, no puede decirle que tiene miedo, frío, hambre, de su boca no sale ninguna palabra, su cerebro solo procesa un nombre; Osman Murak.

Tampoco sabe quién dio aviso a la policía, su cuerpo solo tuvo una reacción espontánea cuando los agentes lo movieron del lado de su padre.

– ¿Puedes hablar? ¿Puedes decirnos qué ha pasado? –Preguntan, pero es en vano aquel niño no puede emitir ninguna palabra. Por más que intentan preguntar y tratar de hacerle hablar el niño se ha quedado taciturno, silencioso, callado.

–Necesitamos ayuda psicológica para este niño, lo que ha visto le ha provocado un fuerte trauma. – Informa uno de los agentes –. Es importante que hable, que nos cuente lo que ha pasado aquí y la relación que tiene con el fallecido.

–Señor, el occiso es Claudio Araya y el niño es su hijo Logan Araya. –Informa uno de los agentes quien trae una tableta en las manos comprobando la información.

–Pero los Arayas son...

–Sí señor, el padre era quien administraba la empresa de transporte Araya & Asociados, era viudo, su mujer murió hace unos años, dejándolo al cuidado de su hijo.

–No entiendo nada. –Murmura el agente pensativo –. ¿Usted que dice Doc? –Se gira para preguntar al médico legista que acaba de certificar la muerte.

–Al parecer lleva menos de dos horas muerto, hay que llevar el cadáver a medicina forense y realizarle una autopsia para terminar de esclarecer los hechos.

–De acuerdo. –Asiente el agente –. Nos quedamos con el niño a ver si con ayuda profesional nos puede aclarar qué ha pasado aquí.

Cuando el cuerpo sin vida de su padre es levantado por las autoridades, el niño aún tiene una de sus manos agarrada, no quiere soltarla, no quiere que se lo lleven porque entonces se quedará solo para siempre, entonces no tendrá a donde ir.

–Tienes que soltarlo Logan, tu padre está muerto y deben llevárselo.

–La persona que está a su lado hablándole es un psicólogo que ha venido para estar con él y para ver si pueden sacar algo a la luz, porque todo es muy confuso. Según datos obtenidos, en la empresa del occiso no han podido encontrar nada que los pueda llevar a una concreción de los hechos.

Logan no habla, de su cara solo salen dos lagrimones, decide soltar la mano de su padre y dejar que se lo lleven hasta la ambulancia, pero cuando ve que cierran la puerta y no lo suben a él para acompañarlo corre y corre detrás de la ambulancia hasta perderla de vista y quedarse sin respiración en medio de la calle. Los agentes lo alcanzan y lo llevan con ellos.

–Logan... soy el agente Peralta, tu ayuda es muy importante para saber qué fue lo que pasó en este callejón. – Logan no contesta, tiene la mirada perdida, los ojos llenos de lágrimas, solo quiere ir a casa con su padre.

– ¿No quieres o no puedes hablar? Tienes que cooperar, solo así vamos a encontrar a los que le hicieron eso a tu padre. –Logan sigue en la misma posición pareciera que no escucha nada, no siente nada, para él todo lo que está su alrededor le es ajeno.

–Señor... creo que no es un buen momento, el niño está viviendo un trauma muy fuerte y parece ser que su cerebro se ha quedado bloqueado. – Esclarece el psicólogo dirigiéndose al oficial

–Entonces empiece a trabajar en ello, necesitamos que hable, que nos diga qué fue lo que vio, porque no tenemos ninguna pista, no sabemos porque han matado a un hombre aparentemente honesto y trabajador.

–Empezaré ahora señor, pero... esto lleva tiempo.

–A ver Logan... cuéntame, ¿En qué curso estás? –Pregunta el psicólogo –. Yo me llamo Diego y tengo un hijo de tu edad, se llama Diego, como yo...

Logan sigue con la mirada perdida, no se sabe si escucha las palabras del psicólogo, su cuerpo no emite reacción alguna, su voz no sale. Por más intentos que hagan el niño no logra emitir ningún sonido.

Nadie sabe que su cerebro sigue procesando un nombre Osman Murak, un nombre que nunca se le olvidará, porque se ha quedado en su memoria a largo plazo, porque un hombre con ese nombre y una sonrisa maléfica le ha quitado lo único que tenía, dejándolo solo en este mundo y eso jamás podrá olvidarlo.